

# IDEOLOGÍAS Y CONTRADICCIONES DE LA GEOPOLÍTICA CONTEMPORÁNEA: EL FRACASO DE LA SOCIEDAD GLOBAL

## IDEOLOGIES AND CONTRADICTIONS OF CONTEMPORARY GEOPOLITICS: THE FAILURE OF GLOBAL SOCIETY

Fernando Arroyo Ilera<sup>1</sup>

### 1. GEOPOLÍTICA Y MERCADO EN UNA ÉPOCA DE DESGLOBALIZACIÓN E INCERTIDUMBRE

Por paradójico que pudiera resultar, cada vez resulta más evidente que el calificativo que mejor define a la *globalización* es precisamente la *desglobalización*. En efecto, tras la caída del muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y la paulatina incorporación de China a la economía mundial, bajo el signo del capitalismo, la globalización fue la esperanza, ficticia o real, de un mundo feliz, regido por las leyes del mercado en el que algunos vieron incluso el *fin de la Historia* y de las pasadas contradicciones del proceso histórico como, con un optimismo excesivo y tal vez intencionado, proclamara Fukuyama. Se creyó que, tras la crisis del socialismo real, del triunfo de la economía de mercado a escala global y de la democracia parlamentaria, más o menos ortodoxa, producidas tras la caída del famoso muro, la Humanidad había alcanzado, al fin, la soñada meta de un mundo global y feliz, sin guerras ni enfrentamientos. Pero la realidad de los veinticinco años que llevamos del siglo XIX evidencia lo artificial de aquel planteamiento, ya que no han desaparecido ni los conflictos,

---

<sup>1</sup> Real Sociedad Geográfica. fernando.arroyo@uam.es

ni las tensiones internacionales, más bien todo lo contrario, ni mucho menos los cambios en el antiguo bloque soviético han supuesto su sometimiento a los principios de la globalización occidental.

Por el contrario, cada uno de los bloques geopolíticos en los que se había dividido el mundo hasta el siglo pasado ha elaborado un ideario con el que defender sus intereses políticos y económicos y hacer frente así a la pretendida globalización occidental. Un nuevo ideario, distinto en cada caso, con el que mantener su autonomía frente a la competencia de un mercado global, pero de diseño occidental que, desde la caída del citado muro, aspiraba a lograr el control económico del planeta y la hegemonía mundial. En efecto, la pretensión globalista de estos últimos escondía un proyecto menos idílico pues pretendía el triunfo del modelo hegemónico norteamericano y de sus satélites europeos, aunque ello se disimulara con diferentes argumentos. Propósito que se mantuvo a pesar del terrorismo yihadista, del ataque a las Torres Gemelas, de la sucesión de guerras y conflictos locales (Balcanes, Irak, Afganistán), incluso de la crisis de 2008, primera evidencia de su debilidad. Promovido e impulsado por políticos, empresarios, comunicadores y demás publicistas, etc. a las órdenes de lo acordado en sucesivos foros económicos internacionales, bajo el señuelo de un supuesto *mercado mundo*, «en el que todos podían participar y del que todos se beneficiarían». Pero la segunda presidencia de Donald Trump muestra cada día más a las claras cuáles eran los objetivos reales de ese pretendido mercado global, que en menos de un mes ha pasado del más abierto librecambismo a amenazar con aranceles de un 30 %, por lo menos.

No se trata pues tan sólo de una «globalización fallida», siempre mirada con recelo por quienes quedaban marginados de esos beneficios, sino más bien de una «desglobalización desquiciada». Tras la pandemia del Covid-19, la Guerra de Ucrania y el recrudecimiento de la crisis de Oriente Medio, ninguna de aquellas esperanzas se mantiene vivas y sus únicos resultados son precisamente la reordenación de un mundo pretendidamente global que nunca llegó a serlo. Un mundo sin fronteras nacionales como en el XIX, ni telones ideológicos como en el XX, pero unido sólo por intereses comerciales en permanente competencia y separado por notables diferencia de renta, bienestar e ideología que lo hace tan fragmentado como lo estuvo en el pasado por los Estados Nacionales de los siglos XIX y XX o por los bloques ideológicos de la Guerra Fría.

La globalización fue tan solo la creación de «un mercado único», pero que nunca llegó a ser homogéneo, pues sus integrantes partieron de situaciones muy diferentes y tienen objetivos muy distintos. Un mercado pretendidamente global, protagonizado y controlado por las grandes corporaciones multinacionales, cuyas cuentas de resultados son comparables al producto interior de muchos países

teóricamente soberanos. Para estas grandes corporaciones, industriales, financieras, comerciales, etc. es necesario que exista un solo espacio global, en el que sus intereses se muevan con facilidad y que puedan controlar por encima de los poderes públicos nacionales e internacionales. Por ello, aprovechan las condiciones de cada territorio para obtener sus máximos beneficios, lo que se materializa en la deslocalización industrial y productiva y la creación de las llamadas *cadenas globales de valor*. Estas son las responsables de la generación de una nueva jerarquía mundial, en la que en unos territorios se produce, en otros se diseña y en otros se consume lo diseñado y lo producido en los anteriores. Todo ello bajo el control de las mismas empresas-corporaciones, desarrollando el comercio internacional y la consiguiente rotación de capitales y dando lugar a tres ámbitos geopolíticos claramente definidos por sus características económicas y su tipo de contribución al mercado global, que reproduce el esquema bipolar anterior a la caída del muro de Berlín, pero bajo otras condiciones muy diferentes.

Diferencias que la pandemia y la guerra pusieron en evidencia. La primera al interrumpir las relaciones económicas a escala global, especialmente de determinados productos elementales, como mascarillas y vacunas, que la lógica globalista de las cadenas de valor había desplazado hacia terceros. La segunda provocada por los intentos de ciertos países de *cambiar de grupo*, de abandonar su ámbito político y comercial en el que habían estado desde siglos atrás.

### 1.1 La *desglobalización* y las nuevas áreas geopolíticas del siglo XIX

Ello fue debido a que seguían presentes las diferencias económicas y sociales del periodo anterior que, a veces, podrían ser complementarias, pero otras estaban claramente enfrentadas. Hubiera sido necesario lograr previamente una cierta homogeneización y amortiguamiento de dichas diferencias, es decir, lo que David Held llamó una «socialdemocracia global», que debía descansar en un Pacto Global previo entre todos los agentes mundiales. Deseos ilusorios que evidentemente no se cumplieron, conduciendo hacia la crisis de la globalización antes de que ésta haya podido dar todos sus frutos. Es decir, lo que hoy día se conoce como *desglobalización*, un mundo que ya no está dividido en naciones ni en bloques, pero en el que se puede distinguir tres ámbitos bien definidos que recuerdan el pasado inmediato.

Por un lado, los países capitalistas desarrollados, «occidentales» en el vocabulario global cotidiano, es decir, los EE. UU, sus satélites europeos y algunas potencias más. Disponen del control, aunque con reservas, del sistema industrial: diseño, investigación y capital, deslocalizando las fases más ele-

mentales del proceso y suscitando los recelos de los otros dos ámbitos mundiales. Su elevada renta per cápita permite a sus ciudadanos un elevado consumo, mantenido además gracias al crédito internacional, a un endeudamiento constante y a una hegemonía global, cada vez más discutida.

En segundo lugar, los países emergentes, con una infraestructura industrial técnicamente potente, pero con notables déficits de organización y competitividad, se han beneficiado de la mencionada deslocalización y cada vez más están en mejores condiciones para competir con los anteriores. Son países de renta media y menor consumo, por lo que son exportadores netos, tanto de productos como de capital. Este grupo incluye los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), con posibilidades de ampliación al Mundo Árabe. Algunos de ellos, pretenden disputar al grupo anterior la hegemonía mundial o, al menos, no dejarse absorber por el mismo, por lo que cada vez más configuran un espacio político inestable y crecientemente conflictivo.

Hay un tercer conjunto de países, técnicamente *fallidos*, antiguamente subdesarrollados o en *vías de desarrollo*, como eufemísticamente se les llamaba. Carecen de casi todo y constituyen un conjunto de pobreza y miseria, hacia los que se dirigen los deseos y apetencias de las grandes potencias y de las grandes corporaciones globales, que aspiran a controlar sus materias primas y sus excedentes de población, como ya ocurrió en el pasado. Por ello, se están convirtiendo en depósitos demográficos y en almacén de materias primas de los otros dos bloques, por lo que las tensiones por alcanzar su control son motivo de enfrentamiento entre las potencias que luchan por la hegemonía mundial, mediante auténticas «guerras silenciosas». Son el origen de una emigración ilegal hacia los países desarrollados (Europa y los EE.UU.), lo que da lugar a uno de los capítulos más dramáticos de la actual coyuntura mundial. Estas masas de inmigrantes ilegales constituyen el nuevo proletariado de nuestros días, un nuevo *ejército industrial de reserva*<sup>2</sup> encubierto, pero fundamental para el funcionamiento del sistema (Arroyo, 2018).

Como puede verse, los tres ámbitos citados se corresponden a grandes rasgos con lo que durante la Guerra Fría fueron los países capitalistas, por un lado, los comunistas o del socialismo real, por otro, y los países subdesarrollados o Tercer Mundo, en último lugar. Poco o nada han cambiado las cosas con la globalización, sino es porque han desaparecido las fronteras ideológicas y

---

<sup>2</sup> Término y concepto utilizado por Marx en *El Capital*, como es sabido, que se refiere a la necesaria existencia en las sociedades capitalistas, de una parte de la población obrera excedentaria y estructuralmente desempleada, integrada por individuos dispuestos a aceptar cualquier jornal, a fin de mantener bajos los salarios de los restantes obreros empleados.

ha triunfado el libre comercio, al menos en teoría, lo que ha supuesto el renacimiento de las viejas áreas geopolíticas de los siglos XIX y XX.

Desde un punto de vista estrictamente económico, las tres áreas geográficas citadas se corresponden a los tres sectores económicos sintetizados por Colin Clark y Jean Fourastié en 1940: Primario o actividades extractivas, Secundario o industria y manufacturas y Terciario, servicios y comercio. La única diferencia es que al fijar rígidamente cada uno de estos sectores con un área geopolítica y geoeconómica concreta, se evidencia la imposibilidad de un mercado único y el fracaso de la globalización.

Pero tal vez sea Robert Cooper, un diplomático británico que estuvo al servicio de la Unión Europea antes del *brexít*, quien mejor ha explicado la actual complejidad de las relaciones internacionales de la desglobalización, en lo que él llama la coexistencia de tres ecosistemas, que se corresponden, a grandes rasgos, con los tres ámbitos geopolíticos citados:

En primer lugar, un *ecosistema premoderno*, antiguas colonias europeas, que sufrieron las consecuencias de una descolonización caótica e interesada. La mayoría de ellos no consiguieron afianzar su personalidad política y económica en su momento y mucho menos en las actuales circunstancias. Estados fallidos manejados por grandes corporaciones y organizaciones criminales a su antojo.

En segundo lugar, el *ecosistema moderno*, integrado por el clásico esquema de estados-nación, configurados como tales en los siglos XIX y XX, según el modelo europeo imitado con mayor o menor fortuna en todo el mundo. La búsqueda de equilibrio entre todas estas unidades estatales se vio alterado frecuentemente por guerras y conflictos en permanente inestabilidad, por lo que ha sido necesario organizar mecanismos de colaboración y supranacionalidad no siempre exitosos.

Por último, como evolución del estadio anterior podemos distinguir la configuración de *sistemas posmodernos*, grandes conjuntos territoriales, económicos y geopolíticos, que tienden a la globalización pero que los últimos acontecimientos mundiales han dejado a medio camino, enfrentado por lo general por lograr el control hegemónico del sistema global antes de que este haya podido llegar a conformarse, es decir: una masa amorfa entre el mundo de ayer y el mundo de hoy, como dijera el citado diplomático británico.

## 2. LAS IDEOLOGÍAS DE LA GLOBALIZACIÓN Y SUS DILEMAS

Pero hay un elemento de esta perspectiva geopolítica recuperada que no podemos ignorar por ser la que supone un mayor interés y una más inquietan-

te incertidumbre. Nos referimos a los argumentos ideológicos y culturales en el que se sustenta cada una de las áreas citadas y que condiciona las relaciones y las competencias entre ellas.

Esta correspondencia entre ideología, cultura y geopolítica es clave para comprender el mundo que se alumbra. Al igual que en el pasado fueron evidentes las relaciones entre la Revolución Liberal y el Romanticismo o el Barroco y la Monarquía Absoluta, por ejemplo, también ahora lo son entre la nueva *sociedad consumista emergente* y el nuevo orden cultural de nuestros días regido por la publicidad digital y por una «nueva moral» impuesta a instituciones e individuos.

Así, en primer lugar, en el llamado mundo occidental, es decir los países desarrollados del Atlántico norte, que fueron los más beneficiados por la caída del muro berlinés, más algunos otros del Pacífico, prevalece la ideología neoliberal bajo el formato *globalista, consumista y digital*, buscando alcanzar la hegemonía económica sobre un mercado global que no termina de serlo. Al principio se buscó la *deslocalización productiva*, eliminando los frenos que se oponían al objetivo de ese mercado global, como fronteras, cultura, idioma, tradiciones, creencias, etc., potenciando así la uniformidad de gustos de los ciudadanos, convertidos en meros consumidores y clientes.

Frente a ello, los países del antiguo socialismo real, aun admitiendo el capitalismo liberal como sistema imperante en sus respectivas economías, no han aceptado la hegemonía económica, industrial y mucho menos cultural de los países occidentales. Pasados los primeros momentos de desconcierto e incertidumbre, pronto se produjo, tanto en Rusia como en China, un cierto rearme ideológico buscando la identidad cultural en sus respectivos pasados, anteriores al marxismo, pero sin renunciar a este como etapa histórica, ni a los logros obtenidos correspondientes.

Por último, la constatación del fracaso del modelo marxista como ideología socioeconómica para organizar la vida y el desarrollo de los países, no sólo afectó a los partidos que gobernaban en Europa oriental y Asia, sino también a todos aquellos del mundo occidental que constituían la oposición a los gobiernos democráticos en el poder, como era el caso de los partidos comunistas y muchos de los socialistas. En efecto, con la desaparición de la URSS, hasta entonces «patria de todos los proletarios del mundo», la izquierda occidental se quedó sin alternativa ideológica al modelo capitalista-liberal triunfante, por lo que se tuvo que buscar otro tipo de argumentación ideológica con la que sustituir las antiguas ideas marxistas, cuyo fracaso nunca ha sido reconocido, para volver a aglutinar así a una oposición de extrema izquierda cada vez más aburguesada, pero desconcertada por el fracaso de su antiguo modelo de refe-

rencia. A rasgos generales esta actitud puede englobarse sin mucha precisión en el llamado *pensamiento woke*.

Otra excepción al modelo de globalización ideológica y cultural que se creía haber logrado tras la caída del mencionado muro fueron las resistencias que se produjeron en ciertos países latinoamericanos y algunos africanos que siguieron manteniéndose fieles a un marxismo moderado, más propagandístico que real, el *neomarxismo* como es el que identifica a ciertos países del llamado «grupo de Puebla».

Esta contradanza ideológica, ya de por sí complicada e incluso contradictoria, vino a embrollarse aún más con la vuelta de Trump al poder, lo que ha supuesto la más radical rectificación del modelo global que se creía haber logrado con la caída del mencionado muro berlinés. En efecto, el nuevo argumento político reinstaurado en Washington no sólo supuso una vuelta a la dinámica de finales del siglo pasado, sino que es la manifestación más evidente de la reacción *antiwoke* que se va extendiendo por todo el mundo occidental, lo que complica la situación de este mundo hasta límites insospechados.

Así pues, analizaremos con detalle las opciones ideológicas, culturales y políticas que caracterizan este mundo de desglobalización e incertidumbres y que podemos agrupar en varios conjuntos ideológicos y geopolíticos a la vez:

## 2.1 La sociedad global, consumista y digital del mundo occidental

En los citados países occidentales desarrollados, aparentemente triunfantes de este proceso, se ha ido generalizando, tanto de forma espontánea como dirigida, un conjunto de ideas para fomentar ese mercado global, que pueden resumirse en los tres procesos citados, convertidos por ello en los flamantes referentes de los nuevos tiempos: *globalismo*, *consumismo* y *digitalización*, que se complementan y retroalimentan hasta constituir la imagen de los nuevos tiempos. Así, el mercado global necesita, en primer lugar, definir y consolidar un espacio que sirva de soporte al deseado mercado mundial, en el que hayan desaparecido o se hayan amortiguado todas las diferencias geográficas y políticas que dificulten esa globalidad. En segundo lugar, es precisa una masa de consumidores uniformes y despersonalizados que sean lo más fieles y acríticos posible, para lo cual es preciso utilizar todos los instrumentos a nuestro alcance, especialmente los potentes mecanismos de comunicación, incluso de alienación, que permite la tecnología digital.

## 1.º Una sociedad y un mercado globales: desnacionalización y globalismo

Por mucho que se quiera ignorar y a pesar de las crecientes resistencias que se van produciendo en todos los países, el principal objetivo de la globalización capitalista fue y es la pérdida de poder y soberanía del *Estado Nacional*, es decir la institución que desde la Revolución francesa ha sido su máximo depositario de la identidad y de la autoridad de los pueblos y naciones. Esta función va siendo sustituida paulatinamente ya sea por las grandes corporaciones globales, en el terreno económico, por instituciones supranacionales en el internacional y por la fragmentación de sus competencias a nivel interno.

Construcción emblemática de finales del XVIII, sostén de soberanía popular, fue una de las creaciones políticas característica del esplendor europeo del siglo XIX, alcanzando su cenit con las unificaciones nacionales de Alemania e Italia. La crisis tras la SGM supuso su primer retroceso al ser sustituido paulatinamente por los bloques ideológicos que marcaron la Historia de la Humanidad hasta la caída del muro berlinés que, a su vez, supuso la superación definitiva del esquema del Estado-Nación, como entidad soberana, y de los bloques ideológicos que lo habían sucedido.

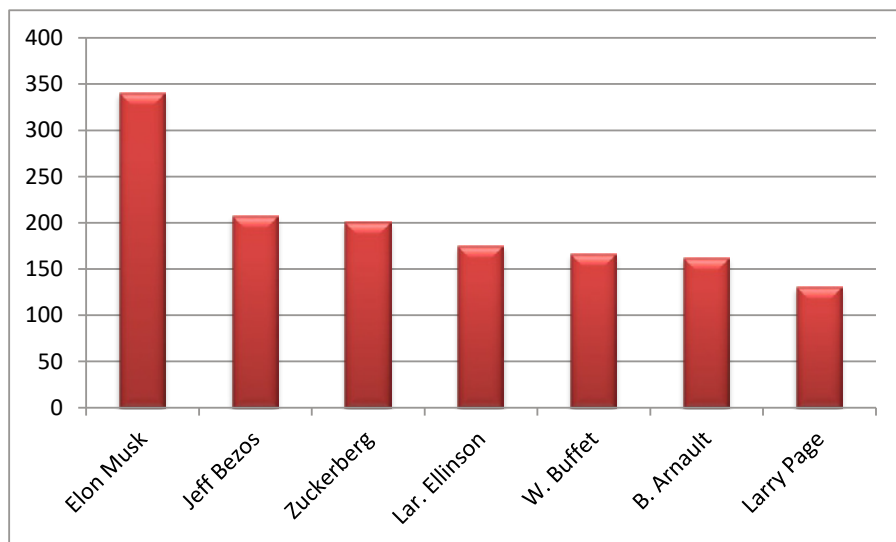
Como ya viera D. W. Urwin, este proceso comenzó a mediados del siglo pasado cuando se produjeron movimientos que rechazaban el mapa de naciones-estados tal como se había configurado desde tiempo atrás. Se comenzó rechazando la identidad entre nación y estado, tal como se había definido desde el siglo XIX, sustituida por otros conceptos de nación, identificada con pueblo, país, idioma, creencias, etc., dando lugar a otro tipo de relaciones políticas, como «naciones sin estado», «naciones sumergidas» en permanente reivindicación, lo que, en palabras de dicho autor supuso *poner en duda las teorías predominantes en torno a la organización social y al desarrollo político*<sup>3</sup>.

De esta forma, los estados fueron perdiendo soberanía y los países y naciones su personalidad como entidades geográficas y políticas, iniciándose una lenta transformación hacia otras formas de organización geopolítica, más adecuadas a las exigencias del citado mercado mundial, como es el caso de la empresa global que va adueñándose de todo ese mercado. Los estados van quedando reducidos así a funciones puramente administrativas, pero sin aspiración de soberanía o bien ésta es muy limitada. Mientras que las naciones quedan reducidas a simples supervivencias culturales, cada vez más difumina-

---

<sup>3</sup> D. W. URWIN, «Territorio e identidad. Un desafío para los gobiernos de Europa Occidental», *Rev. Occidente*, 26, 1983, pp. 5-18 (p. 6).

das por la inmigración y la creciente y homogeneizadora influencia anglosajona. De esta forma, asistimos a un proceso doble y paralelo, que algunos autores han definido como «desnacionalización del Estado y desestatalización de la Nación». Proceso imprescindible para la globalización económica, en cuanto es imposible el funcionamiento de un mercado global en un mundo dividido por la soberanía de estados nacionales.



**Figura 1.** Personas más ricas del mundo en 2025.

Patrimonio neto en miles de millones de dólares.

Los agentes de este mundo global y desnacionalizado son mitad públicos y mitad privados, mitad individuales y mitad empresariales, algunos de ellos famosos y notorios, otros desconocidos y ocultos. Se reúnen periódicamente en los foros económicos mundiales, para acordar las reglas del sistema. Es evidente su íntima relación con empresas digitales de comunicación y distribución de la información, que controlan tecnológica y financieramente y manipulan a su antojo (creadores de contenido). Algunos de sus líderes, figuran año tras año en los *rankings* de las primeras fortunas o de las sociedades con mayor capitalización y beneficios del mundo. Así, entre los más ricos y conocidos ponemos citar a George Soros, Elon Musk, Mark Zuckerberg, Jeff Bezos, Bill Gates y Warren Buffett. Por su parte, las principales empresas, la mayoría relacionada con los anteriores, son Apple, Saudí Aramco, Microsoft, Google, Amazon, Tesla, Berkshire Hathaway, NVIDIA, etc. Todos los magna-

tes citados destacan en el mundo financiero a escala global y controlan las empresas citadas en segundo lugar, configurando así una red por encima de los estados y de las organizaciones internacionales<sup>4</sup>.

Sin embargo, la mayoría de los magnates citados, después de destacar como promotores del globalismo, apoyaron las políticas de renacionalización de Trump en su vuelta a la Casa Blanca, con Elon Musk de forma explícita, lo que supone el fracaso del mundo feliz que se anunciaba a la caída del citado muro berlines. Además, ese globalismo de finales del siglo pasado se vio artificialmente favorecido por la generalización de una serie de ideologías y doctrinas que, aunque no tuvieran ese objetivo, también contribuyeron en favor de un mercado global sin fronteras. Es el caso de la nueva visión de la Historia, sobre todo la que se enseña en los colegios y se cita en los discursos políticos, que originariamente era de carácter nacional, pero está siendo sustituido por narraciones basadas en *la memoria histórica o democrática*, buscando en un pasado irreal y frecuentemente inventado, la justificación de los intereses de los grandes agentes del citado mercado global. Estas narraciones están desligadas, por lo general, de la situación histórica en que se produjeron, carentes, por lo general, del rigor que toda investigación historiográfica requiere. Los ejemplos son numerosos y de efectos notables sobre todo en colectivos que se han visto privados de una correcta educación historiográfica en su etapa escolar. Es el caso de la *hispanofobia* que resurge todos los octubres, con la finalidad de eliminar, sobre todo en América Latina, la presencia de una cultura diferente al globalismo anglosajón o, todavía más evidente, las críticas solapadas a la «idea de Europa», intentando convertir así a la Unión Europea en una simple sucursal de ese globalismo, capitalista y uniformador.

En el mismo sentido, las críticas o desprecio a la cultura nacional y a sus símbolos más representativo, tanto materiales, como la bandera o el himno, como culturales o espirituales, como el idioma, el pasado cultural y artístico, fiestas, etc. infravalorados frente a otros extranjeros, por lo general de origen anglosajón por su mayor reflejo en el mundo global. Es decir, el *memorialismo* funciona como una manipulación de la historia del pasado y del conocimiento de la identidad colectiva que siempre ha caracterizado a la nación, por lo menos desde finales del siglo XVIII.

A este respecto, cada vez es más evidente la influencia que en este proceso de desnacionalización están jugando los movimientos migratorios que se viene produciendo hacia los dos conjuntos más importantes del mundo occidental:

---

<sup>4</sup> Entre los más conocidos ponemos citar George Soros, financiero e inversionista, Mark Zuckerberg (Facebook) Elon Musk (tesla y X-Twitter), Jeff Bezos (Amazon), Bill Gates (Microsoft), Warren Buffett (Berkshire Hathaway). Además, Apple, Saudi Aramco, Alphabet (Google) y NVIDIA.

los EE. UU., desde América Latina y hacía Europa desde África. Migraciones desde el mundo subdesarrollado al desarrollado ha habido siempre, como un medio de equilibrar las diferencias entre población y recursos, pero desde la generalización del modelo globalista-consumista ha adquirido una nueva dimensión, con diferentes funciones: espita de escape de los lugares de origen, rejuvenecimiento de los de destino, como ha sido siempre, pero además, en estos últimos contribuyen a la desnacionalización ideológica y a la indefinición lingüística, dos cuestiones esenciales para definir la identidad nacional que, al desaparecer, favorecen en gran medida la creación de un mercado global y, sobre todo, hacen innecesario el crecimiento natural, que es casi inexistente porque la ideología de género es, por naturaleza, poco fecunda, como ya veremos.

## 2.º El consumismo como objetivo y la digitalización como medio del mercado global

Esa sociedad global sin fronteras ni obstáculos para el deseado mercado global, lo más homogéneo posible, se completa con dos variables de gran importancia que configuran su imagen. Primero, un consumismo creciente, forzado, dirigido y exacerbado, integrado por individuos que han dejado de ser *ciudadanos* para convertirse en *clientes* y *consumidores* fácilmente manejables por las grandes corporaciones de la comunicación, gracias a los potentes mecanismos digitales que se han impuesto a cualquier otra forma de información y conocimiento y que constituyen la segunda de las variables citadas.

Ambas variables, la territorial de un mercado único sin fronteras y la uniformidad y falta de criterio de los consumidores, homogeneizados por esas nuevas tecnologías, han ido configurando toda una nueva ideología que caracteriza nuestro tiempo, dando lugar a una nueva organización social con amplias posibilidades de futuro, pero también con el grave riesgo de una alineación también global. Esta nueva sociedad consumista digital está caracterizada por dos notas esenciales:

- El ser humano como consumidor y el consumo como forma de vida.
- La digitalización como forma preferente de conocimiento.

La primera es la dimensión antropológica que apunta a un nuevo ser humano, o al menos a una nueva concepción del mismo. La segunda es la dimensión tecnológica y cultural que predispone a una nueva concepción de lo que es la ciencia y el conocimiento.

*El ser humano como consumidor y el consumo como forma de vida*

En nuestros días es evidente que el consumo ha pasado de una noción económica abstracta a una realidad cotidiana o, mejor aún, existencial. Según la perspectiva clásica, todo sistema económico busca producir los bienes necesarios para tratar de cubrir las necesidades del grupo, que lógicamente se debían adaptar a las posibilidades de la producción y, en el caso de haber excedentes, se dedicaban al ahorro y a la formación de capital. Pero desde mediados del siglo pasado, ello empezó a cambiar en cuanto los términos se invirtieron, en gran medida por influencia keynesiana, y es la demanda quien organiza la oferta muchas veces con bienes superfluos e inútiles. Con ello, esa demanda deja de estar condicionada por las necesidades y empieza a estarlo por la moda, la publicidad y la obsolescencia programada, para favorecer la sustitución de bienes en el menor tiempo posible.

Tanto Rostow como Schumpeter y Galbraith y más adelante Herman Kahn y Anthony Weiner, estudiaron las etapas del desarrollo económico, coincidiendo a rasgos generales en que la última fase está definida por un elevado nivel de consumo. Posteriormente, Rostow añadiría una sexta etapa, denominada «la búsqueda de la calidad», en la que, según este autor, se persigue la calidad de vida más que el nivel de consumo. Pero se trata más de una desiderata que nunca llegó a producirse. Por el contrario, esa «sexta etapa» en el mundo global en el que nos encontramos, presenta caracteres muy distintos a lo que siempre se ha entendido por calidad. Ese consumismo exige un cambio de mentalidad, otro orden de valores, de gustos de aficiones, etc. que supone la prevalencia de lo individual sobre lo colectivo. Por eso, Rene Dumont decía, ya en 1974, que en la sociedad de consumo unos pocos privilegiados explotan en su beneficio los recursos naturales del planeta, debido a su desmedida producción y excesiva movilidad.

Pero la actual sociedad de consumismo global se diferencia notablemente de los modelos teóricos de los autores citados. Se han reducido las diferencias sociales, pero sólo aparentemente, debido a que, por un lado, las élites son globales, como ya hemos dicho, y por otro, el proletariado está subsumido en la inmigración ilegal y en el trabajo desregulado, por lo que muchas veces es invisible estadísticamente. Por ello, predominan las *clases medias y trabajadoras*, eufemismo que pretende mostrar un cierto igualitarismo social, pero que en realidad evidencia todo lo contrario. En Europa, sobre todo, esta sociedad está basada más en el ocio que el negocio (*nec ocio*), lo cual constituye una aspiración humana desde antiguo, que en nuestros días se ha convertido en el principal negocio de esta sociedad: «el negocio del ocio».

Los avances tecnológicos han permitido que, en términos teóricos al menos, la capacidad productora de la sociedad moderna sea muy superior a las necesidades de consumo de sus ciudadanos, por lo que es necesario potenciar estas últimas, mediante todo tipo de incentivos y estímulos que han terminado por configurar una nueva sociedad, incluso un nuevo individuo, definido por su capacidad y deseos de consumir, más que por su profesión, cultura o ideología. Este *nuevo individuo consumidor* viene siendo educado a propósito mediante una formación lo más elemental y acrítica posible para que sea lo más sensible posible a la publicidad comercial e ideológica, sobre todo la que recibe en la red, como luego veremos. En el plano teórico, ello supone un giro copernicano a la teoría marxista de la *plusvalía*, en cuanto el exceso de valor que permite la actual acumulación del capital ya no procede en gran medida del *plustrabajo* del obrero, como dijera Marx, cada vez más controlado por gobiernos y sindicatos, sino del *plusconsumo* de usuarios y clientes, mecanismo mediante el cual, el capital puede seguir desviando en su propio beneficio las plusvalías del proceso. Con ello tenemos un nuevo proletario de esta sociedad consumista, que no es el obrero, como en el siglo XIX, sino el *consumidor*, pero tan alienado y despersonalizado como aquél de hace dos siglos.

Además, esta sociedad consumista está caracterizada también por otros aspectos de mayor transcendencia que, poco a poco, van definiendo lo que puede ser una nueva cultura, o mejor subcultura, limitada a la preponderancia de lo morboso, lo rosa y lo negro, del sensacionalismo de lo negativo sobre la normalidad de lo positivo, etc., todo ello como vehículo de promoción consumista que es lo que se pretende. Como queda patente en las nuevas fiestas y promociones de reciente generalización de factura anglosajona, lo que no es baladí: *Halloween*, *Black Friday*, etc. Todo ello para fomentar la actitud pasiva de ese consumidor proletarizado por la masa y la publicidad.

Lo más importante es que todo ello tiene sus consecuencias antropológicas, en cuanto van definiendo y diseñando un nuevo ser humano, cuya característica esencial es adquirir y rodearse del mayor número de objetos y servicios y que fue definido por Erich Fromm, hace más de medio siglo, en *El corazón del hombre* (1965), como el *Homo Consumens*, es decir un ser humano caracterizado por su capacidad de consumir y gastar que ha terminado identificándose con los valores del mercado y convirtiendo su vida en un simple objeto de consumo, la mayoría de las veces sin ser consciente de ello.

Siguiendo con ese mismo razonamiento, dice Fromm: *El ser humano tiene dos orientaciones básicas: tener y ser. Tener implica adquirir y poseer cosas, incluso personas. Ser se centra en la experiencia, intercambiar, comprometerse, compartir con otra gente.* Hoy día, para el *Homo Consumens* es más

importante *tener cosas, incluso personas*, gastar, viajar, etc. que *intercambiar, comprometerse, compartir*, participar, ayudar, etc. lo que caracteriza muy bien la sociedad de nuestros días y explica muchos de los fenómenos geopolíticos que ahora nos interesan.



**Figura 2.** El consumo como forma de vida.

Ilustraciones difundidas por redes sociales en respuesta a las primeras manifestaciones del presidente Trump contra la dependencia de los EE.UU. de productos fabricados en el extranjero, especialmente en China. En las imágenes puede verse cómo serían las fábricas de productos de consumo elaborados por obesos consumidores americanos. (Crédito Redes Sociales).

Así, el protagonista social y político de nuestros días es ese consumidor alienado: el *cliente*, de la misma forma como antes lo fue el burgués y el proletario, el súbdito o el siervo, en un proceso de evolución antropológica que tiene mucho de regresivo. Lo que nos lleva al tema que ahora nos interesa: las consecuencias que para el globalismo pueda tener una sociedad integrada por este tipo de consumidores. Como dijera Gramsci, en todo proceso de transformación social, primero ha de lograrse la implantación cultural de la nueva ideología para conseguir luego la conquista política y económica de la sociedad. Por ello, nos interesa precisar cuáles son las tendencias culturales e ideológicas que caracterizan a esta sociedad consumista, en la que el mercado pretende ser la fuerza hegemónica de la Historia y en la que el consumidor ha sustituido al ciudadano.

También en este caso es posible sistematizar un conjunto de ideas, argumentos y doctrinas, que caracterizan al *Homo Consumens* del que hablara Fromm. Pero con una diferencia esencial con lo acontecido en épocas pasadas pues, en nuestros días, las relaciones entre ideologías y mercado global están programadas conscientemente, buscando con ello afianzar el objetivo esencial de dicho mercado. A este respecto podemos citar otro ejemplo bien significativo, como es el caso del nuevo concepto de generación como instrumento de análisis histórico y sociológico que, mientras en el pasado, sirvió para explicar las transformaciones sociales y para identificar a grupos representativos de

intelectuales o literatos (generaciones del 98 o del 27) con estudios emblemáticos del mismo Ortega por ejemplo, en la actualidad se ha convertido en una forma de agrupar a conjuntos de personas nacidas en unas determinadas fechas, pero definidos ante todo por sus gustos y hábitos de consumo (*Milenials*, *Alfa*, *X*, *Z*, etc.).

*La digitalización como instrumento y forma prioritaria de conocimiento y educación*

En segundo lugar, esta sociedad de consumo se ve potenciada por los poderosos mecanismos digitales como forma colectiva de transmisión de ideas e incentivos. Desde el Renacimiento por lo menos y sobre todo desde la Ilustración, la evolución cultural e ideológica de la sociedad humana se ha caracterizado por la paulatina afirmación de la identidad individual de la persona frente a la colectividad de la que éste forma parte. Hasta los siglos XV y XVI, cada ser humano era, ante todo, miembro de un grupo: familia, clan, tribu, etc., que era quien confería personalidad y rasgos de identidad a sus integrantes, pero el Renacimiento supuso, entre otras muchas cosas, el descubrimiento de la personalidad individual de cada ser humano y su afirmación frente al grupo, tendencia que culminara con la Declaración de Derechos del Hombre, de cada hombre en concreto, y el establecimiento del principio de un hombre un voto, como máxima política.

Pero ello es un serio inconveniente para el funcionamiento de la Sociedad Consumista Digital, en cuanto supone la «atomización de la demanda», lo que debe ser evitada a toda costa, pues el negocio digital-consumista estriba en la fabricación y consumo de grandes series o tiradas para ser demandadas por toda una homogénea masa de clientes.

Por ello, la formidable concentración de poder económico que la globalización provoca requiere para ser efectiva, contar con una población que sea, en cierta manera, «cómplice» del proceso global. Es preciso pues, diseñar consciente y voluntariamente a esa nueva sociedad para que sea capaz de adaptarse a las necesidades del mercado global, lo que, a nuestro juicio, es una de las más significativas características ideológicas del momento. Para ello, es necesario que cada individuo haya recibido, en el sistema educativo institucional, una formación lo más simple, homogénea y acrítica posible y que carezca del mínimo bagaje cultura previo, para que no pueda discernir la información recibida en la red. De ahí, la sucesión de reformas educativas, cada vez con menores contenidos teóricos y menos filtros y controles de evaluación, sustituyendo «conceptos por competencias», y privando así a los futuros ciudada-

nos de un conocimiento previo sobre el mundo en que viven y como se ha llegado a él. La educación reglada se ha convertido más en un proceso de *socialización* que de *formación*, impartándose ésta más tarde a los egresados del sistema, en directa relación con los oficios o profesiones que la sociedad necesita y a cargo de las mismas empresas o instituciones implicadas.

De igual forma, a todo individuo se le va a formar como consumidor mediante las nuevas formas de comunicación y publicidad. La acumulación de información en soportes digitales y su fácil accesibilidad ha cambiado la forma de transmitir el saber, que se puede hacer sin ser comprendido ni integrado por cada individuo en su propio bagaje, solo con saber manejar el instrumento es suficiente. Como ya viera Lyotard en 1979, ello permite diferenciar al poseedor del saber del mero usuario del mismo, que lo «consume» sin que ello produzca su mejora intelectual y moral. Para dicho autor, el saber se ha terminado convirtiendo en objeto de consumo, por lo que es valorado según su *valor de cambio más que por su valor de uso*, como había sido siempre. Además, estos nuevos instrumentos digitales de comunicación y publicidad cada vez tienen mejores instrumentos para conocer las aficiones y personalidad del individuo que los manejan, por lo que de forma subrepticia le pueden ofrecer una publicidad «a la carta», a la que es muy difícil resistirse.

Además, como consecuencia de esto último, tanto en los medios de comunicación tradicionales como en las redes sociales se da cada vez más preferencia a lo informativo sobre lo formativo y a la imagen sobre la palabra. De esta forma se va generalizando una falsa «literatura» independiente de la palabra, que se transmite en otros soportes más inmediatos, que exigen menos reflexión y formación para su comprensión, como puede ser el dibujo de los comics, la imagen del vídeo o de la telenovela, todos ellos, por lo general, con argumentos banales que se ajustan a los objetivos del sistema consumista. Ya en 2015, Umberto Eco advirtió de los riesgos de este proceso, pues suponía una vulgarización de la información, o como de forma más precisa y cáustica dijo dicho autor: *El drama de internet es haber promocionado al tonto del pueblo al nivel de portador de la verdad*. Y eso que hace diez años, cuando el escritor italiano escribía su crítica, aun no existían los potentes mecanismos que hoy día permiten conocer previamente los intereses, cultura y capacidades de los usuarios, para facilitarles así una información a propósito, buscando así su despersonalización y robotización.

Además, y de forma paralela, frente a todas estas críticas se vienen produciendo campañas de difusión y medidas políticas para eliminar toda forma de resistencia cultural que se oponga a los objetivos de la globalización, con medios mucho más potentes y efectivos que las críticas citadas. El principal es el

control financiero y tecnológico de los medios de comunicación, en manos de grandes corporaciones crecientemente transnacionales, que imponen una realidad uniforme, interesada, sensacionalista y frecuentemente deformada. En este terreno es esencial el papel que juegan las redes sociales como mecanismos de deshumanización y colectivización del individuo, gracias a la potencialidad de los nuevos instrumentos de comunicación digital y al previo desarme cultural y educativo de la sociedad que acabamos de analizar<sup>5</sup>.

Aunque no creemos que ello sea visto como un drama por los gestores de esta nueva situación, pues precisamente es lo que se pretende y cada día se evidencia más con la aparición de nuevos creadores de opinión, como los llamados *influencer* o medios de comunicación, cada vez más potentes e irreales, como el *metaverso* y la *Inteligencia Artificial* (IA). Con estos y otros mecanismos similares se está creando una nueva mentalidad social, acrítica, colectiva y simplista que desarma al individuo ante la creciente y agresiva publicidad consumista.

Cuadro I

| Globalismo                                                                                                          | Consumista                                                                                                      | Digital                                                                       |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------|
| Un mercado global sin obstáculos: fronteras, culturas, distancias, razas.                                           | Consumo como forma de vida. Los consumidores como nuevos proletarios.                                           | Digitalización como origen principal de conocimiento y base de la publicidad. |
| Crisis del Estado-Nacional y de la Soberanía Nacional, sustituido por la corporación global financiero-empresarial. | <i>Homo Consumens</i> , uniforme y acrítico. Transformaciones demográficas: baja natalidad elevada inmigración. | Metaverso. Inteligencia Artificial.                                           |
| Desnacionalización del Estado. Desestatalización de la Nación. Memorialismo frente Historia.                        | Ideología de Género frente a Ideología de Clases.                                                               | Cambio enseñanza: procedimientos frente a contenidos.                         |

*Otras ideologías que indirectamente favorecen el consumismo.*

Además, existe otro conjunto de doctrinas e ideologías, cada vez más arraigadas en nuestra sociedad, que favorecen indirectamente la formación de esa masa de consumidores compulsivos de gusto homogéneo, aunque ese no sea su objetivo prioritario.

<sup>5</sup> El caso de la compra de Twitter por Elon Musk, su transformación en X, al servicio de los intereses de dicho magnate, el papel jugado por éste en la elección de Trump, sus proyectos de marginación de los Bancos Centrales o su programa de exploración espacial, son el mejor ejemplo y demostración de todo lo dicho.

El caso más evidente es la sustitución de las «ideologías de clase», dominantes en las sociedades occidentales desde el siglo XIX, por una «ideología de género», cada vez más conflictiva. Las primeras perdieron toda su potencialidad ideológica dado el creciente aburguesamiento de lo que en su día fue el proletariado, hoy día convertido en simple clase consumidora, como ya dijimos, muy alejado de la condición reivindicativa y revolucionaria, que tuvo en otro tiempo. Su papel como revulsivo social ha pasado a ser desempeñado por otros grupos sociales, procurando que ello afectara lo menos posible a la demanda consumista, incluso que la potenciara, si ello fuera posible.

Se trata de la llamada «ideología o luchas de género», que engloba un amplio espectro de reclamaciones sociales, desde la antigua y necesaria reivindicación feminista por la igualdad de oportunidades entre sexos, equiparación de derechos y posibilidades entre ambos, etc., hasta los más diversos planteamientos sobre la idea de pareja, sobre la identidad sexual y la libre elección de sexo y género, etc., primando hasta la exageración las más diversas combinaciones como lo pone de manifiesto la creciente acumulación de letras y conceptos en el acrónimo con que se las conoce: LGTBIQ+. Gay, Queer, binario, etc. Una identidad de género diferente a la convencional, no determinada por la naturaleza (cisgénero-binario) sino por la cultura y la libre elección, como si el género fuera un producto de consumo de libre elección por los clientes.

De esta forma la sexualidad se ha convertido en un referente ideológico más del actual mosaico reivindicativo en el que no está claro lo que se reivindica y a quién beneficia, lo que es abordado desde la perspectiva legal y judicial con nula intervención médica. Otra cuestión esencial es la ambivalencia legal y jurídica de la violencia de género que, con el objetivo de proteger a la mujer de posibles agresiones por parte de su pareja, cuestión por nadie discutida, establece diferente tratamiento legal para el presunto agresor si es hombre o mujer, lo que supone ignorar un principio esencial del ordenamiento jurídico con más de dos siglos de antigüedad que fue fundamental en la creación del estado moderno, creándose jurisdicciones especiales, propias de las dictaduras.

Con todo ello, la confrontación de ideas ha sido sustituida por la de identidades y el debate y la discusión por el ataque y la descalificación, buscando hacer desaparecer o disimular la «lucha de clases» del pasado, pues sólo existen dos clases «legales»: los *ricos* y las clases *medias* y *trabajadoras*, que participan de similares objetivos de aburguesamiento social y de reivindicaciones políticas y solo se diferencian por su nivel de consumo. Mientras los

auténticos marginados proceden de la inmigración ilegal y los conflictos que provocan siempre quedan difuminados por cuestiones raciales.

### 3.º El medio ambiente como coartada: ambientalismo y sostenibilidad

En esta nueva amalgama ideológica al servicio del consumismo globalista, la exagerada e intencionada preocupación por los problemas ambientales es una cuestión esencial. La auténtica preocupación ambiental se manifestó por primera vez en la Conferencia de Estocolmo de 1972 sobre el Medio Humano y en la primera crisis del petróleo del año siguiente. Ambos acontecimientos pusieron de manifiesto el grave problema al que se enfrentaba la humanidad, tanto por la contaminación de los desechos de la sociedad industrial, en el primer caso, como por el riesgo de agotamiento de las materias primas en el segundo. Toda una crítica al modelo de desarrollo industrial aplicado desde hacía más de un siglo, acrecentado por la división geopolítica del mundo entre desarrollo y subdesarrollo, pues para unos era una cuestión de calidad y para otros de supervivencia.

Durante más de cuarenta años, los estados, las empresas, las organizaciones, etc. intentaron hacer compatible ambos objetivos, pero sin conseguirlo. La lista de reuniones, declaraciones y «tomas de conciencia» es interminable, pero no sus resultados prácticos y concretos. Conferencias de Nairobi y Río de Janeiro, Informes Meadows o Bruntland. Convenciones sobre el Agujero de Ozono y sobre el Cambio Climático, etc. en las que se han ido acuñando nuevos conceptos por todos conocidos. Todo un amplio corpus de Geopolítica ambiental, pero también de su irrelevancia práctica.

Porque el problema con el que nos encontramos una y otra vez es el mismo: *no es posible un crecimiento ilimitado en un mundo naturalmente limitado*, por lo que es necesario considerar a la crisis ambiental como una crisis de toda nuestra civilización industrial, tecnológica y consumista, en su actual dimensión globalizada, en la que los problemas ambientales citados: agotamiento y contaminación, son efectos no buscados ni queridos del modelo de desarrollo económico seguido por nuestro mundo desde mediados del siglo XIX y que caracteriza negativamente a nuestra sociedad.

Ello supone un problema irresoluble, al tener que elegirse entre el medio ambiente, lo que supondría frenar el actual modelo de desarrollo económico existente, o continuar con dicho modelo ignorando sus consecuencias ambientales. Se ha elegido lo segundo, pero disimulándolo con una sobreactuación publicitaria en defensa del medioambiente para dar impresión de todo lo contrario. En este sentido, en enero de 2021 se reunió en los Países Bajos la pri-

mera *Cumbre de Adaptación Climática*, convocada por una Comisión Global de Adaptación, organización no gubernamental, pero con íntimas relaciones con las instituciones internacionales (Arroyo, 2018). A la vez, gobiernos e instituciones internacionales se esfuerzan en aparentar una enorme preocupación por el problema con un amplio despliegue publicitario, emblemas e insignias incluidos.

El ejemplo más evidente de todo ello son los llamados *Objetivos de Desarrollo Sostenible* de la «Agenda 2030», que es uno de los documentos más reveladores de la actual problemática política, social, económica y ambiental de nuestro mundo y del grado de fraude y engaño que subyace en todo ello. Aunque todavía faltan cinco años para la fecha en que se pretendía alcanzar esos objetivos de un desarrollo supuestamente sostenible, es evidente que tampoco se van a lograr. Pero mientras tanto, los famosos *ODS*, han servido para identificar a unos frente a otros, a los *buenos* frente a los *negacionistas*, escondiendo hábilmente que negacionistas lo son todos.

Pero lo que es evidente es que el ambientalismo sigue siendo la mejor coartada para promover el actual consumismo globalista del mundo occidental. Así, en las zonas consumidoras, como la Unión Europea se favorece una política de protección al medio ambiente con disposiciones muy exigentes con las producciones propias, con la disculpa del ambientalismo y de la sostenibilidad, pero mucho menos con la de países terceros, facilitando así su importación, haciéndolas mucho más competitivos que los propios. Es decir, una PAC y un plan Masholt solo que al revés. Los ejemplos son abundantes y se producen a diario, como las importaciones de arroz indio, aceite de girasol ucraniano, pesca mediterránea, etc. Y por último la *Ley europea de restauración ambiental*, que parece destinada a convertir el campo europeo en un jardín energético y no en la despensa común que venía siendo desde 1957.

#### 4.º Las contradicciones del modelo y los esfuerzos por lograr un pensamiento único.

Con independencia de las consecuencias prácticas que todas las doctrinas citadas están teniendo de cara al funcionamiento del mercado global, lo cierto es que han configurado una especie de «pensamiento único», pero paradójicamente diverso y contradictorio, en el sentido que le diera Marcuse, es decir: un discurso impuesto por las clases políticas dominantes y los medios de comunicación de masas y generado por la confluencia del capitalismo global con ciertas formas de falso progresismo ideológico, tecnológico y cultural, que se va generalizando gracias a las nuevas formas y medios de comunica-

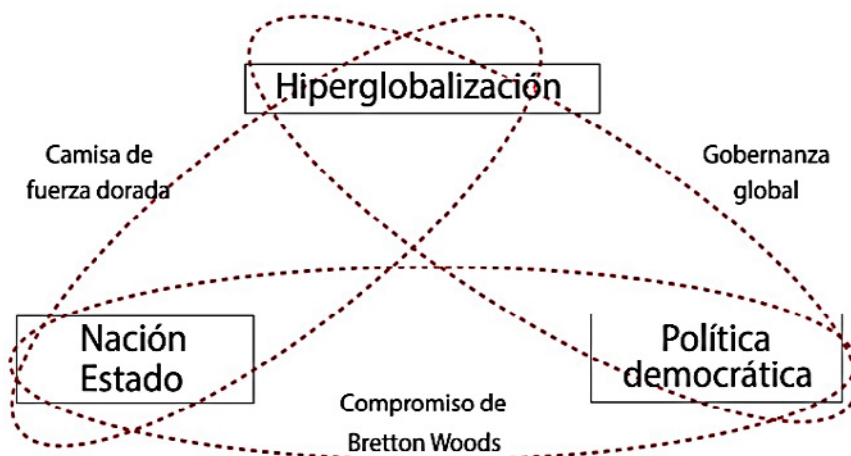
ción y a la formidable acumulación de capital que generan. La paradoja estriba en que, a pesar de sus apariencias, este pensamiento que oficialmente dice defender el progreso y la justicia social puede resultar en ocasiones bastante reaccionario.

Aunque pudiera parecer paradójico, la globalización supuso un modelo histórico sin auténtica opción de izquierda, pues para serlo debería tener alguna alternativa también de carácter global a los problemas citados y no simplemente adaptarse a ellos. En efecto, la globalización es la propuesta de un nuevo capitalismo avanzado sin fronteras ni obstáculos y, por lo tanto, es una opción ideológica de «derechas», en el sentido coloquial del término. Las resistencias más importantes a este capitalismo global proceden de quienes defienden el modelo nacional anterior que, por ello mismo resulta también otra postura aún más conservadora si cabe. Y también de aquellos otros que asumen como ideario una serie de principios y actitudes que participan de muchas pretensiones consideradas progresistas en torno a identidad, medio ambiente, inmigración, género, pero sólo para disimular su defensa de los componentes básicos del mercado global, es decir: Globalismo, Consumismo y Digitalización. Los ejemplos al respecto son muy numerosos, tanto en América como en Europa y en muchos países emergentes.

Así, hace ya más diez años, la socióloga holandesa Saskia Sassen, puso de manifiesto como la globalización ha generado élites a nivel internacional, marginando a las clases altas y medias de cada país, en consonancia con la pérdida de valor de las naciones frente a las grandes corporaciones globales. En la misma línea David Held, defendía la necesidad de un «pacto global», cuando aún había tiempo para ello, buscando el equilibrio entre globalización y socialdemocracia. Según este autor, sería preciso fomentar una auténtica autoridad global por encima de las estrategias de las multinacionales, defendiendo la personalidad del individuo frente a la homogeneización de opiniones y conciencias del citado pensamiento único y, sobre todo, denunciando las grandes bolsas de exclusión que la globalización lleva implícitas a nivel regional o local. Todo un programa de buenas intenciones que nunca se intentó llevar a cabo.

Por eso mismo, desde hace años, se vienen produciendo también una corriente de pensamiento crítico y *antiglobalización*, con personalidades de tanto renombre como Alain Touraine, Zygmunt Bauman o Pierre Bourdieu que, a pesar de la claridad y contundencia de sus críticas, no parecen haber sido tenidos en cuenta por los responsables del mundo global emergente. Para dichos autores el mundo global es, ante todo, un mundo desigual, más si cabe que el del siglo xx, pues carece de autoridad y reglas comunes globales. Critican la

falta de un gobierno por encima de las pulsiones del mercado y de las estrategias multinacionales de las grandes empresas globales, que ya habían sido anunciadas por Daniel Bell en *El fin de las ideologías* (1964) y *El advenimiento de la sociedad posindustrial* (1976), pero sin que entonces fueran tenidos en cuenta, pues frente a ello, toda una generación de movimientos filosóficos, intelectuales y científicos colaboraron activamente en la construcción de ese «mundo feliz y global», que se pretendía construir, como el *neopragmatismo* de Richard Rorty para el que la verdad y la bondad de las cosas deben ser medidas de acuerdo con su éxito y utilidad, lo que era evidente en este caso, aunque sólo a primera vista.



**Figura 3.** El Trilema de Rodrik. La paradoja de la globalización.

Para este autor, la Soberanía Nacional, la Democracia y la Globalización son conceptos incompatibles. De manera que si se intentan aumentar los niveles de globalización se perjudica a cualquiera de las otras dos variables.

### 3. ALTERNATIVAS IDEOLÓGICAS AL GLOBALISMO CONSUMISTA

Pero además de todo ello y a pesar de la fuerte presión publicitaria aludida, la ideología consumista tampoco consiguió triunfar en muchos países que, aun aceptando algunos de sus presupuestos, mantuvieron otras orientaciones ideológicas distintas al consumismo global al que nos estamos refi-

riendo. Tal fue el caso de los antiguos países comunistas que, si bien se quedaron sin argumentación ideológica con la caída del muro de Berlín, se negaron a aceptar la hegemonía económica del mercado global y también de los partidos de inspiración marxista de muchos países occidentales, que necesitaron recurrir a otras argumentaciones para seguir considerándose de izquierdas y progresistas.

### 3.1 Ideología y geopolítica en el mundo eslavo

En la URSS y su zona de influencia europea, se venían registrando, desde la década de los setenta del pasado siglo por lo menos, movimientos alternativos que se oponían al rígido dogmatismo marxista que evidenciaba, cada día más, su incapacidad para lograr la sociedad idílica y sin clases anunciada por Marx. El caso más conocido fue el movimiento revisionista de los partidos comunistas del oeste de Europa, conocido como *eurocomunismo* que, para no perder un apoyo social, cada vez más escaso, buscaban su aceptación por las clases medias surgidas y consolidadas en el mundo capitalista, sobre todo las de mayor formación cultural, admitiendo la democracia parlamentaria.

Similar movimiento revisionista, con el suplemento de la reacción nacionalista frente al dominio ruso-soviético, se dio en algunos países del Pacto de Varsovia, como Hungría, Checoslovaquia y Polonia y se puede rastrear también en el interior de la Unión Soviética, pero mucho más matizado por el férreo control ideológico y político. La sociedad igualitaria, objetivo y razón de ser del régimen, estaba cada vez más lejos de ser alcanzada y en ella ya no creían ni los ciudadanos ni los dirigentes. Una situación fosilizada por el temor al enemigo y a una imposible guerra nuclear que hubiera supuesto la mutua destrucción de ambos bloques lo que obligaba a mantener un costoso equilibrio que la cada vez más decrepita economía soviética fue incapaz de sostener.

Con la caída del muro y la rápida descomposición del régimen soviético, sus dirigentes la llamada *nomenclatura*, empezaron la transformación del modelo para no perder su control, en un sentido similar al propugnado unos años antes por los comunistas occidentales, aceptando el pluripartidismo, la democracia parlamentaria y la liberalización económica. Fueron las famosas «perestroika y glasnost» (reestructuración y transparencia) de Gorbachov, asumidas sin excesiva convicción y bautizadas en Occidente como «el pro-

tocapitalismo soviético» que benefició sobre todo a los miembros de la citada nomenclatura, convertida así en una «oligarquía» poderosa.

Con la llegada de Putin al poder, el modelo se reforzó en dos sentidos: por un lado el mayor control político que, aunque conservando la estructura parlamentaria y democrática, aumentó la persecución de disidentes y la perpetuación de Putin en el poder; por otro lado, y en cierta medida en relación con lo anterior, la recuperación de señas de identidad del antiguo imperio zarista, por influencia de un decisivo *euroasianismo*, para el cual Rusia y el eslavismo no solo son diferentes política y culturalmente del mundo occidental, sino que también lo son moralmente y con unos componentes éticos muy superiores a los de aquel, por lo que rechazan el consumismo exacerbado, legalización de ciertos comportamientos sociales, la fragmentación de las culturas nacionales y su dispersión, la emigración incontrolada, etc., como luego veremos. De ahí el carácter conservador de este euroasianismo ruso, el mutuo apoyo con la Iglesia ortodoxa y sus relaciones con otros movimientos conservadores de Europa y América.

### 3.2 La emergencia global de China: de Deng Xiaoping a Xi Jinping

Los cambios en la China Popular, la otra gran potencia del mundo comunista, no fueron menos radicales ni su reorientación ideológica menos significativa. La China de Mao mantenía unas tensas relaciones con la URSS desde la década de los años cincuenta, tanto por motivos ideológicos como fronterizos y de estrategia revolucionaria. Para sacar a China de su pobreza y retraso económico Mao impulsó políticas de industrialización forzada y capitalización (inversión-trabajo) en el periodo conocido como *Gran Salto Adelante*, que supusieron enormes sacrificios que el régimen maoísta controló con toda dureza durante la llamada Revolución Cultural, dirigida por la conocida en Occidente como *Banda de los Cuatro*, rápidamente eliminada a la muerte de Mao en 1978.

La reacción contraria fue dirigida por Deng Xiaoping, que instauró un nuevo modelo económico conocido como «socialismo con características chinas» o más eufemísticamente: «economía de mercado orientada al socialismo», que participa de las mismas intenciones y objetivos de las reformas del marxismo en Occidente.

A este respecto las industrias esenciales seguían siendo de dominio público, pero valoradas según criterio del mercado y paulatinamente privatizadas según casos específicos. El resto de los sectores económicos fueron paulatina-

mente privatizados y se generalizó la descolectivización de las comunas campesinas, permitiéndose la inversión extranjera. Pero todo ello se hizo con un rígido control político, que desencadenó manifestaciones de protesta (Tiananmén), reprimidas con dureza por el gobierno chino.

El éxito más evidente de estas políticas se produjo en el terreno internacional, con el reconocimiento de la República China por la mayoría de los países, su aceptación a escala internacional en detrimento de Taiwán, la descolonización de Hong-Kong, el fomento de la emigración paralela a la exportación de múltiples objetos, favorecida por la deslocalización industrial, etc. lo que supuso un incremento de las remesas de divisas, con lo que China alcanzó en 2010 el segundo PIB del planeta, detrás de los EE.UU.

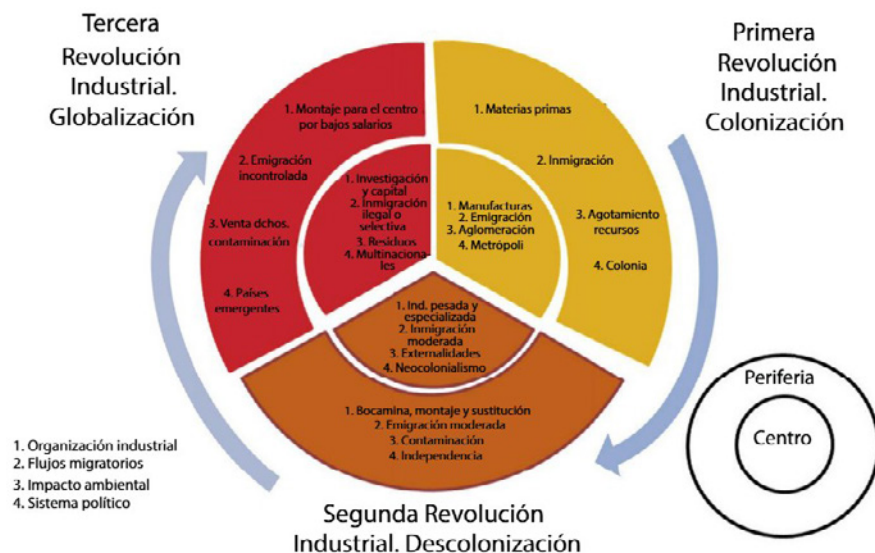
El nuevo dirigente del país, Xi Jinping planteó, al asumir la dirección del mismo en 2012, tres objetivos que, a imagen de los antiguos planes económicos de la época maoísta, debían lograr la hegemonía mundial en 2049 al cumplirse el primer siglo de existencia de la República Popular, mediante tres programas esenciales: mejorar el nivel de vida para hacerlo compatible o superior al de los países occidentales (Sueño Chino), desarrollar nuevos sectores de alta tecnología (China 2025) y abrirse a Europa sustituyendo a EE.UU, en la dirección del mundo occidental (Nueva Ruta de la Seda).

### 3.3 El postmarxismo y el populismo latinoamericano

Latinoamérica ha sido, desde siempre, un espacio geopolítico esencial, que cada día cobra más importancia en el panorama geoeconómico global, tanto por su situación geopolítica, en el llamado *creciente exterior* entre el Atlántico y Pacífico, como cultural, entre el mundo latino y el anglosajón. Espacio de importantes recursos y perspectivas, pero también de enfrentamiento entre colonialismo y anticolonialismo, con importantes movimientos sociopolíticos en un pasado reciente (Castro, Allende, Perón, etc.), con numerosos golpes de estado e intervención permanente de las grandes potencias.

Por todo ello, ha sido tierra con larga tradición de estudios sobre el desarrollo, enfrentamiento entre las teorías liberales y las marxistas y estructuralistas con numerosas posiciones intermedias, que inspiraron durante décadas las discusiones teóricas y planteamientos prácticos en la CEPAL y en la UNTACD. De esta forma se dio lugar a varias teorías que constituyen un repertorio esencial en la interpretación del desarrollo, como fueron las de Ragnar Nurkse, Emmanuel, Paul Baran, Osvaldo Sunkel, Samir Amin, Pierre Jalée,

Mabojunge, Gunder Frank, etc. y sobre todo la de Immanuel Wallerstein y su teoría del *Sistema-Mundo*.



**Figura 4.** La teoría del sistema-mundo y las características distintivas de su funcionamiento en los dos últimos siglos.

Ese Sistema Mundo de Wallerstein es el que se vio profundamente conmovido por la caída del muro, la globalización y la aparente disolución de los bloques que dio lugar a la revisión de los postulados marxistas sobre el desarrollo. Pero, a diferencia de lo ocurrido en China y Rusia, en el que la revisión fue impuesta desde el mismo régimen, en Latinoamérica la alternativa se produce en un ambiente de libertad intelectual y en países con cierto grado de democracia. De ahí que mientras en las antiguas grandes potencias comunistas se hable de *neomarxismo*, nuevo comunismo y otros eufemismos más o menos intencionados, en el caso latinoamericano se utilizan directamente los términos *postmarxismo* y *democracia radical* para referirse a este nuevo enfoque que pretende, no modernizar sino superar el antiguo enfrentamiento dialéctico de la doctrina marxista, asumiendo algunos de los presupuestos básicos del consumismo neoliberal.

Además, podemos mencionar otras diferencias no menos relevantes. Tanto en Rusia como en China, las nuevas orientaciones políticas e ideológicas buscan recobrar las tradiciones y aspiraciones de los antiguos imperios históricos, evidenciando así sus deseos hegemónicos frente al mundo occidental. Por el contrario, el postmarxismo latinoamericano, carente de esos antecedentes, admite algunos caracteres sociales e ideológicos del consumismo occidental, como vía de penetración y expansión en el mismo.

Este último enfoque ideológico tiene dos manifestaciones evidentes: una de carácter teórico y claramente ideológico, como es la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe; otra más práctica y aplicada, el llamado Grupo de Puebla. La obra de Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, de aséptico nombre, es una revisión del marxismo tradicional, especialmente del latinoamericano, que puede sintetizarse en el abandono de la visión excesivamente dogmática y abstracta de aquel y de sus conceptos esenciales, como modo de producción, lucha de clases, por ejemplo, y la búsqueda de otros parámetros más propios del capitalismo social y consumista de nuestro tiempo. Sin negar la importancia de la clase social como organizador teórico, la complementan con otros espacios y formas de conflicto y reivindicación, como el género o el medio ambiente, más eficaces y permanentes que aquella, debido al aburguesamiento del proletariado.

La mayoría de todos estos presupuestos ya se habían manifestado en los movimientos populistas que caracterizan la inestabilidad política del subcontinente desde años atrás, como en el peronismo argentino y sus múltiples derivadas, en los que la clásica diferenciación entre izquierda y derecha hace tiempo que dejó de tener sentido. Por ello se prefieren otras denominaciones más ambiguas como «progresismo» y «radicalismo», como seña de identidad de estos movimientos.

Desde una perspectiva geopolítica, todas estas argumentaciones influyeron en la constitución en el verano del 2019 en la ciudad de Puebla, de un foro de reflexión que lleva el nombre de dicha ciudad mexicana, integrado por representantes oficiales de la mayoría de los países latinoamericanos y de Portugal, Italia y España, para oponer argumentos a los movimientos neoliberales y globalistas, sobre la base al pensamiento progresista y radical arriba mencionado. La presencia, entre sus miembros, de representantes de tres países del Mediterráneo europeo, evidencia el carácter expansionista, más allá de los límites continentales, que el foro tuvo desde sus orígenes, con Cuba, Nicaragua, Venezuela y Colombia como referentes esenciales.

Todos estos nuevos enfoques ideológicos postmarxistas y neomarxistas se superponen y entran en conflicto y discusión con la ideología dominante en el

mundo occidental, que se basa ante todo, como ya hemos dicho, en la exaltación del consumo, no sólo como etapa final del desarrollo económico, ni como motor esencial del mismo, sino también como forma de vida y justificación de la existencia humana. Pero las contradicciones son crecientes y llevan a un progresivo enfrentamiento que está convirtiendo a nuestro mundo en un auténtico polvorín.

### 3.4 El *wokismo* y la búsqueda una ideología progresista para el mundo occidental

Tras la pandemia y sus consecuencias se empezaron a manifestar las primeras incongruencias del modelo consumista y la inviabilidad del globalismo tal como se pretendía, por mucho que se intentara. Así, en enero de 2023, se reunió en Davos la 53.<sup>a</sup> reunión del Foro Económico Mundial bajo la convocatoria: *La cooperación en un mundo fragmentado*, que evidencia ya los dos extremos de la polémica: cooperación y fragmentación y las dificultades para la globalización: crisis energética y alimentarias, la inflación, el bajo crecimiento, elevado endeudamiento, la vulnerabilidad social y el creciente riesgo de enfrentamiento geopolítico al existir áreas geopolíticas que, como acabamos de ver, no aceptaron la estructura de ese mercado que quería imponer el consumismo occidental. Por eso, se habla de desglobalización y reglobalización y la necesidad de ingeniar nuevos mecanismos para recuperar una «cooperación» difícil de alcanzar con la actual «lógica del mercado global» y los mecanismos doctrinales que lo sostienen.

A la vez y como consecuencia de todo ello, una nueva doctrina sociocultural, también con vocación de pensamiento único, progresista y de «izquierdas» se fue adueñando de las clases dirigente del mundo occidental que, manteniéndose fieles a los objetivos económicos y consumistas de la globalización, querían disimularlo con otros componentes ideológicos, que naturalmente no podían ser los socialista ni comunistas, como hasta entonces. Surgió así la llamada ideología *woke* o *wokismo*, término que originariamente hacía referencia a la necesidad de «mantenerse despiertos y en guardia» frente al racismo y por extensión frente a toda discriminación, real o ficticia, que no se ajustase a unos cánones de comportamiento, previamente establecidos por los ideólogos del modelo. Para ello se propugna la *cancelación* o marginación de quien no se ajuste a esa doctrina oficial o no muestre el necesario celo en su defensa.

Su origen está en el movimiento universitario norteamericano de mediados del siglo pasado y en ciertas élites progresistas de los EE.UU. especialmente activas en cuestiones identitarias, de género, raza, lugar de nacimiento, religión, etc. que luego se fueron extendiendo por Europa y otros países desarrollados como señal de identidad progresista, sobre todo tras la caída del muro de Berlín.

Cobró fuerza tras la crisis financiera del 2007, criticando el modelo neoliberal, pero con el paso del tiempo, la pandemia y las guerras empezó a verse afectado por sus propias contradicciones, que llevaron a muchos de sus partidarios a mantener posturas diferentes según sus propios intereses. Por ello, se buscó una nueva argumentación en ciertas reivindicaciones comunes en la mayoría de las democracias occidentales: feminismo, medio ambiente, problemas demográficos, nacionalidades, etc., pero que, al ser asumidas por esta *seudoizquierda woke* se tergiversaron y amplificaron hasta la exageración, buscando con ello dos objetivos: primero, lograr que cualquier ciudadano, por muy aburguesado que estuviera, pudiera sentirse de izquierda o mejor «progresista», recuperando así su identidad social perdida; y, en segundo lugar, rechazar y criticar a todos los que no participen de esas reivindicaciones tergiversadas y exageradas, a los que se les acusa de no compartir la cuestión originaria, aunque lo que estos últimos rechazan es la versión exagerada y retorcida de los nuevos progresistas, creadas precisamente con ese fin. Se empezó con la marginación al disidente, luego su «cancelación» social y profesional, para llegar a la amenaza penal con los llamados *delitos de odio*.

Todo ello fue configurando una nueva estructura cultural y social, mitad espontánea mitad dirigida, con nuevos argumentos para sustituir al marxismo, enterrado bajo los cascotes del célebre muro. En efecto, en la mayoría los países del mundo occidental, los proletarios de siglos pasados se han convertido en felices consumidores, que no obstante se siguen considerando de izquierdas y aspiran a que se les considere como tales. Una paradoja más, sino la principal, de unas clases sociales autodefinidas como *progresistas*, sin saber muy bien lo que eso quiere decir, que no ha comprendido todavía que la Guerra Fría la ganó el capitalismo más salvaje, representado por Reagan o Thatcher.

Hasta el siglo pasado, existía una correspondencia entre las ideas que cada individuo tiene respecto a la forma de producir y repartir la riqueza: privada o pública, capitalismo o socialismo, ahorro o consumo, etc. y su forma de vida, intereses, diversiones, declaraciones, elección de voto, etc. Pero ello cada vez ocurre menos, sobre todo en ciertos países del mundo

occidental, en los que gentes que viven, trabajan, organizan su ocio en consonancia con una determinada posición burguesa y conservadora, se manifiestan, actúan y votan como si fueran mucho más de izquierda, haciendo realidad la frase de Gabriel Marcel: «si no vives como piensas, terminarás pensando como vives».

Para evitar ese auténtico oxímoron de nuestro tiempo se fue configurando un imaginario de ideas y creencias, para que los miembros de ese grupo social compatibilizaran sus convencionalismos progresistas de otra época y sus aspiraciones socioeconómicas más en consonancia con el modelo consumista imperante. Es lo que en la actual situación de confrontación permanente que caracteriza nuestro tiempo se ha denominado despectivamente como *un imaginario woke para consumo seudoprogre* y que podemos caracterizar y sintetizar en una serie de notas esenciales:

- Desprecio a los partidos conservadores, que naturalmente son los que no se ajustan a su ideario. No se trata de que no se participe con las ideas y programas de dichos partidos, mucho más en coincidencia con sus intereses, aunque no se quiera reconocer, lo que sería perfectamente lógico en una ideología de izquierda, sino que se practique una negación total, casi metafísica al respecto, olvidando de que por muy de derechas que dichos partidos sean, son piezas imprescindibles de todo sistema democrático. De esta forma, estos partidos conservadores, además de representar una determinada opción política, son el referente para que sus opositores *woke* puedan sentirse de izquierdas, aunque participen de similares ideas económicas de aquellos.
- Defensa de lo público, enseñanza y sanidad, pero uso de lo privado. Así, a la vez que se defiende la enseñanza y la sanidad pública se utiliza y recurre a la privada.
- Igual ocurre con todo el repertorio de actitudes e ideas propias del globalismo consumista digital, que ya hemos analizado: negacionismo o desprecio a la nación, discriminación religiosa a la inversa: *anticatolicismo*, *proislamismo*, firme defensa de todas las *políticas de género*, etc.

Alguna de estas exageraciones resultarían difíciles de explicar si no fuera porque existe una intención oculta y mal disimulada. La igualdad de sexos fue una conquista social que nadie niega, aunque subsistan algunos casos de desigualdad y se den algunos comportamientos rechazables. Pero ello no puede justificar que se siga diciendo que la opresión femenina sigue siendo universal y se niegue al hombre, por el solo hecho de serlo, la presunción de inocencia

en cualquier conflicto de pareja. Lo mismo puede decirse respecto a la inmigración ilegal e incontrolada, el calentamiento global y otras muchas cuestiones similares que caracterizan a esta ideología del *woke*.

### 3.5 Las reacciones ante la dictadura *woke*: «*trumpismo*» y *desglobalización*

Todo ello es consecuencia de la estrategia de los autollamados grupos progresistas para definir su identidad y mantener su influencia. Como acabamos de ver, muchos de los argumentos citados son genéricos de toda la sociedad, compatibles con diferentes orientaciones ideológicas y no sólo del colectivo *woke*. Lo que ya no es tan genérico son las exageraciones citadas, que lo son para diferenciarse precisamente de los otros grupos, afirmando así el progresismo de los *woke* frente a los reaccionarios que son los demás.

Fueron precisamente las exageraciones citadas las que terminaron provocando la reacción contraria y el rechazo del *wokismo*, que al haber dejado de servir al mercado y al consumismo que lo sostiene, está generando un creciente rechazo en los ambientes políticos y sociales que hasta ahora lo sostenían, enfrentando a dos ámbitos culturales esenciales: empresas y empresarios frente a universitarios e ideólogos.

Esta situación se manifestó en los EEUU., al igual que fue allí donde tuvieron lugar las primeras exageraciones del movimiento *woke*. Y en ello tuvo un papel esencial la evolución de la política del país y las contradicciones políticas de los dos partidos tradicionales del mismo, así como los graves acontecimientos que tuvieron lugar esos años, sobre todo el ataque a las Torres Gemelas y la crisis de 2007. En las elecciones de 2016 se enfrentaron, como es sabido Donald Trump y Hilary Clinton, que se convirtieron respectivamente en símbolos del nuevo enfrentamiento ideológico que estamos analizando. La segunda, además de haber sido la primera dama del país y Secretaria de Estado, representaba a las élites cultas y comprometidas con el globalismo entonces triunfante. Frente a ella, un rudo empresario de éxito para el que la globalización era sólo una forma de extender sus negocios por todo el mundo. Trump representó entonces y lo sigue haciendo nueve años después, una forma de entender el globalismo como una nueva dimensión del americanismo, lo que evidentemente le enfrentaba con las ideologías de los otros bloques que acabamos de ver.

Por ello, su primer mandato fue una serie de incongruencias, más espectaculares que prácticas, que culminaron en su derrota ante Biden, un hombre enfermo con un prestigioso pasado liberal, que personificaba el repliegue de lo público ante un mundo global gobernado por las grandes empresas originariamente norteamericanas pero cada vez más globales. La victoria de Biden en las elecciones, nunca reconocida por su oponente, dio lugar a la ocupación del Capitolio con escenas impensables en la tradición política norteamericana.

La razón de estos acontecimientos fue la frustración de las clases medias y bajas norteamericanas que se vieron desplazadas de algunos de sus privilegios por la mano de obra más barata de otros países que, como acabamos de ver, no aceptaban el globalismo de hegemonía atlántica. Ello explica el triunfo de Trump y su reelección para un segundo mandato, apoyado esta vez por todas las grandes empresas globales de origen norteamericano, con el ejemplo de Elon Musk a la cabeza, que recurrieron a la Casa Blanca, de nuevo en manos de un empresario, para que defendiera sus intereses. Ello supuso un aparente repliegue en la globalización, pero no de sus objetivos que seguían siendo los mismos. Simplemente, la empresa global, sin dejar de serlo, volvía sus ojos a la protección del Estado, resucitando viejos mecanismos de pasado, como aranceles, amenazas, desplantes, etc., recurriendo a un patriotismo más propagandístico que real (*American First*) para desviar la atención del público hacía señuelos informativos y convirtiendo las relaciones internacionales en un duplicado de intereses comerciales. El resultado fueron actitudes y declaraciones que se mueven entre lo anecdótico y lo ridículo, sobre todo si periodistas y políticos olvidan esa nueva dimensión, que caracteriza los nuevos tiempos. Ello lleva a contradicciones constantes, a aspectos oscuros y a múltiples incógnitas como el atentado sufrido por el candidato republicano en julio de 2024 y el inmediato cambio en la candidatura demócrata de Biden por Harris.

A la vez, el espejismo de una paz global a la caída del muro de Berlín y el fin de la Historia que se creía preludiaba, está cada vez más lejos, como lo evidencian los sucesivos conflictos bélicos que se han ido produciendo desde entonces. El primer de ellos se inició, nada más acabada la pandemia, con la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, aunque tuvo sus antecedentes en la llamada revuelta del Maidán (2013) que obligó a dimitir a Yanukovich, entonces presidente del país, por haber retirado su petición de ingreso en la UE y en la OTAN. Pero, desde el punto de vista que ahora tratamos dicho conflicto es el mejor ejemplo de la oposición de Rusia a lo que en Occidente se entiende por globalización, que hubiera supuesto la desmem-

bración total del Imperio eslavo, construido tanto por los zares como por los soviets. Por el contrario, la guerra supone, por mucho que se quiera ignorar, el mantenimiento de una división europea según razones políticas y nacionales, contrarias al globalismo consumista triunfante en el resto de Europa. Por su parte, la Guerra de Gaza, iniciada con el ataque terrorista de Hamás en octubre de 2023, es uno más de los conflictos de Oriente Medio, pero a diferencia de sus antecesores, se produjo precisamente para impedir el reconocimiento de Israel por países árabes, hasta entonces acérrimos enemigos del mismo. Reconocimiento iniciado en 1979 por Egipto y continuado por Palestina en 1993, Jordania en 1994, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Marruecos y Sudán, todos ellos en 2020. En cierto modo, ese proceso de reconocimientos y deseada pacificación puede considerarse consecuencia indirecta de la globalización de principios de este siglo, mientras que, por el contrario, la guerra con Hamás evidencia el rechazo a dicho proceso por parte de importantes colectivos islámicos, en este caso por razones político-religiosas.

Además hay que tener en cuenta otras áreas de creciente tensión, como son los casos de Corea del Norte, Formosa y el Mar de China, Venezuela y la inestabilidad en América Latina y el siempre preocupante problema del Sahel, que han terminado por convertir a la globalización y al globalismo en aspiraciones inalcanzable.

También, desde el punto de vista económico, financiero y mercantil, la ansiada globalización muestra también múltiples contradicciones y problemas económicos que son causa y consecuencia a la vez de los conflictos políticos y militares citados y, en todo caso, enrarecen el panorama de ese único mundo global, sólo en teoría. Podemos citar varios ejemplos de permanente actualidad.

El primero es el encarecimiento de la energía como consecuencia de algunos de los conflictos citados que afectan a zonas productoras de gas y petróleo. Ello supone además un elevado nivel de endeudamiento tanto público como privado, que ha llegado a superar el 250 % del PIB mundial, lo que anuncia futuros problemas debido, sobre todo, a los mecanismos utilizados para su corrección, como los elevados aranceles y el creciente proteccionismo lo que, además de suponer la antítesis de la globalización, recuerda la dramática situación que vivió Europa hace un siglo y tienen en la política de Trump su ejemplo más evidente, pero no el único.



**Figura 5.** Los aranceles que preludieron la SGM. Fronteras geoeconómicas de Europa en 1934

Representación que causó sensación en Europa. La altura y características de los muros son proporcionales a los aranceles (Según Vicens Vives). El origen de ese rearme arancelario fue el intento de proteger la agricultura norteamericana de la competencia mundial tras la crisis de 1929 (Smoot-Hawley), lo que hizo entrar en crisis el comercio internacional y, prolongó las consecuencias de la crisis durante toda la década de 1930. Por ello, el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT) de 1947 prohibió la subida repentina de aranceles y fomentó el desarme arancelario para facilitar el comercio y el beneficio común, lo que hace más inquietante el anunciado rearme arancelario del presidente Trump, afortunadamente más propagandístico que real.

Cuestión característica de estos tiempos son las tensiones del mercado inmobiliario, con incrementos notables del precio de la vivienda debido no sólo a la creciente demanda muy superior a las viviendas disponibles, sino también al cambio de uso de las superficies construidas, como pisos turísticos, cambio de locales comerciales por viviendas, reducción del espacios de oficina y comercios, etc., problemas que en mayor o menor medida afectan a todo el mundo desarrollado, de forma muy particular a China.

Además, podemos citar algunas otras cuestiones de esta época, que noticiarios y periódicos ponen de manifiesto todos los días, como la incertidumbre de la IA, las nuevas armas teledirigidas, particularmente los drones, las llamadas «guerras híbridas», que utilizan elementos de diferente naturaleza, etc. Y por supuesto, el cambio climático por el calentamiento global que se manifiesta no sólo por desastres y catástrofes, sino en la simple *exageración de los extremos* que sin llegar a la tragedia suponen un elevado coste de mantenimiento.

#### 4. A MODO DE EPÍLOGO

En definitiva, desde finales del siglo pasado, la historia del mundo ha entrado en una fase desconocida e inquietante de la evolución humana, con comportamientos e ideologías que no pueden ser más incompatibles con la pretendida y ponderada globalización, por lo menos como hasta ahora había sido concebida.

Así, en primer lugar, respecto a la crisis ambiental, que es el más importante fenómeno global de nuestros días, poco o nada está siendo tenida en cuenta por los defensores del globalismo oficial que, a la vez que muestran en público una notable preocupación por la cuestión, no tienen inconveniente en fomentar una sociedad de consumo, cuya principal víctima es precisamente ese mismo medio ambiente. No es que la pescadilla se muerda la cola, es que se devora a sí misma.

A la vez, mientras el capitalismo global de las grandes corporaciones se mueve en un mercado mundial, definido por las cadenas de valor, los consumidores siguen estando en un espacio nacional o como mucho continental, viéndose afectados por carencias, deudas, inflación, etc. frente a los que tienen escasa capacidad de defensa y reacción.

Por último, la nueva sociedad consumista y digital está creando un nuevo ser humano masificado y despersonalizado, educado con criterio conductistas, que responde a los impulsos digitales que le llegan a través de la terminal de su móvil, como si se tratara de una recreación de las famosas distopías literarias de Orwell o Huxley. En estas circunstancias, el panorama geopolítico no puede ser más contradictorio pues no hay alternativa que no pase por el enfrentamiento entre bloques, áreas de influencia o modelos sociales.

Todo ello recuerda y reaviva viejas doctrinas filosóficas, que profetizaban el fin de la historia y un cambio antropológico, como el que estamos viviendo, caracterizado, en esas teorías, por su rechazo de lo humano y del mundo tal

como lo hemos conocido hasta ahora. Frente al *Fin de la Historia* del que hablaba Fukuyama tras la caída del muro de Berlín, cada vez más remoto, nos encontramos con un inquietante panorama que recuerda más a Nietzsche, en su obra más conocida (*Así habló Zaratustra*).

Después de diez años de vida de ermitaño, Zaratustra regresa al pueblo para difundir su buena nueva: *aún podemos crear un superhombre*. Pero encuentra que la gente lo ignora y rechaza su anuncio, pues prefieren una humanidad cómoda y domesticada, que él denomina el «último hombre», es decir, un ser humano uniforme y obediente a los múltiples impulsos que recibe de los nuevos agentes de la situación. Esclavizados por un hedonismo superficial, temen tomar riesgos y vociferan con osadía: *Nosotros somos así felices, quédate tú con tu superhombre*. Si prescindimos del lenguaje metafórico y literario, la similitud con lo que está ocurriendo en nuestros días no puede ser más inquietante.

Pero lo más importante de todo ello es la cuestión climática y ambiental, que evidencia la certeza de que vivimos en un mundo finito. ¿Será capaz la política de adaptación a los efectos del cambio climático y la paulatina reducción de emisiones de permitir la supervivencia de la Humanidad en un mundo y un ambiente muy diferentes? ¿Podrá mantenerse el sistema global a pesar de sus contradicciones y del enfrentamiento que provoca? ¿Hasta cuándo podrá durar un consumismo creciente y exagerado sin afectar al mantenimiento del sistema? En 1972, los autores del famoso informe Meadows, adelantándose a estas preguntas, hacían la siguiente predicción:

*Si las actuales tendencias de crecimiento en la población mundial, industrialización, contaminación, producción de alimentos y explotación de recursos continúan sin modificaciones, los límites del crecimiento en nuestro planeta se alcanzarán en algún momento dentro de los próximos cien años*

Desde entonces han pasado cincuenta años, por lo que queda solo medio siglo para que se cumpla la fatal advertencia y se produzca la *declinación súbita e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial*, que anunciaba dicho informe.

Un año antes, el economista y matemático rumano, Nicholas Georgescu-Roegen, había sugerido en su obra más famosa (*La ley de la entropía y el proceso económico*) la necesidad de aplicar las leyes de la termodinámica al estudio de las relaciones del medio ambiente con el medio económico. Si este último se basa, cada vez más, en una concepción mecánica y tecnológica de la naturaleza, es necesario tener en cuenta las leyes de ésta en el estudio de

aquél. Hasta entonces se había considerado las leyes del mercado: oferta y demanda, optimización de beneficios, etc. como si fueran leyes naturales, pero no al revés, es decir, las consecuencias que para la economía de mercado supondría incorporar el funcionamiento de la naturaleza al estudio económico. Las consecuencias de este enfoque no pueden ser más reveladoras, pues permiten concluir que el subsistema económico no puede regular al sistema natural que le engloba, identificando la degradación energética con la degradación ambiental.

*La presión demográfica y el progreso tecnológico acercan a la especie humana a su fin, solo porque ambos factores causan una desacumulación más rápida de su dotación [...] no se debe dudar de que, siendo la naturaleza del hombre lo que es, el destino de la especie humana es elegir una carrera verdaderamente grande pero breve, no larga y aburrida.*

Es decir, por un lado, la capacidad de la Tierra para sustentar a la especie está disminuyendo por el creciente uso que se hace de la misma; pero por otro, la naturaleza del hombre no le permite reprimir sus deseos de beneficios presentes en favor de las necesidades de las generaciones futuras. Ello supone un creciente y constante aumento de la entropía que anuncia su inevitable final.

Podemos citar una tercera predicción de mediados del siglo pasado que incide en el mismo sentido, provocando aun mayor inquietud si cabe. Es la famosa frase del economista austriaco Joseph Schumpeter: «el capitalismo morirá de éxito» que resume su teoría que expuso en uno de sus últimos y principales estudios: *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942). Frente al equilibrio de los neoclásicos, opone la noción de «destrucción creadora» que para él es el auténtico motor del desarrollo económico del capitalismo. La constante búsqueda de innovaciones de los emprendedores convierte en obsoletas las estructuras imperantes y las sustituyen por otras más modernas y adecuadas a la nueva realidad. Pero este proceso, como todo lo humano, no puede ser infinito y cuantos más logros alcance, más cerca estará de su agotamiento final.

Ello se ve acrecentado por el progresivo consumismo del que ya nos hablaba Erich Fromm hace sesenta años y que definía Zygmunt Bauman, en una entrevista poco antes de su muerte, con estas palabras: *Todas las ideas de felicidad siempre acaban en una tienda. El reverso de la moneda es que, al ir a las tiendas para comprar felicidad, nos olvidamos de otras formas de ser felices como trabajar juntos, meditar o estudiar.*

Todavía no sabemos si el indudable triunfo del capitalismo a escala global, al que asistimos desde finales del siglo pasado, es el anuncio de su «muerte», como decía Schumpeter y sí ésta, de producirse, arrastrará a toda nuestra civilización. Parece más evidente que al «ir de tiendas» hemos podido «comprar felicidad», pero perdiendo otras muchas posibilidades de ser felices, como decía Bauman. Sólo sabemos que cada vez es más obvio que asistimos a otro final de la Historia, que la reciente pandemia y sus secuelas de guerra y crisis han vuelto a poner de actualidad, más allá de lo que políticos, periodistas y ecologistas se empeñan en repetir. El resultado se resume en que vivimos hoy día en un sistema caracterizado por un *consumismo irracional y compulsivo*, que convierte a los famosos *Objetivos de Desarrollo Sostenible*, frontispicio de las políticas de nuestro tiempo y emblema de solapa de muchos políticos oportunistas, en meros *Objetivos de Consumo Insostenible*.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARON, R. (1984): *Los últimos años del siglo*. Madrid. Espasa Calpe. 212 pp.
- ARROYO ILERA, F. (2006): «Nacionalismo y supranacionalidad. La España de las Autonomías en la Unión Europea». En *El Espacio geográfico español y su diversidad*. Inst. Sup. Formación Profesorado. Madrid. MEC, pp. 239-272.
- (2007): «Población y cambio climático». En *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (octubre), pp. 141-153.
- (2016): «Educación, Tecnocracia y Consumismo: Una reflexión sobre nuestro modelo educativo». En *Tarbiya. Revista de investigación e innovación educativa*. UAM, n.º 44, pp. 21-39.
- (2018): *Exclusión y subdesarrollo en el mundo contemporáneo. La otra cara de la Globalización*. Madrid. Editorial Síntesis. 282 pp.
- (2021): «Objetivos de Desarrollo Sostenible: Contradicciones e Incertidumbres». En *Encuentros Multidisciplinares*, n.º 69. Madrid UAM.
- (2024): «Energía y Sostenibilidad: solución o coartada». (Emergencia climática y fenómenos extremos). En *Comité Español de la Unión Geográfica Internacional. Diversidad, dinámicas y respuestas ante el cambio global. Aportación española al 35.º Congreso de la Unión Geográfica Internacional*, Dublín (2024), pp. 105-122.
- (2024): «La desglobalización y el Renacimiento de la Geopolítica: de Francis Fukuyama a Alexandr Dugin». En *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*. Tomo. CLXII. (2024), pp. 23-66.
- BAUMAN, Z. (2007): *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbres*. Barcelona. Tusquets Editores. 176 pp.

- BELL, D. (1964): *El fin de las ideologías*. Madrid. Tecnos. 570 pp.
- (1976): *El advenimiento de la sociedad posindustrial. Un intento de prognosis social*. Madrid. Alianza Ed. 578 pp.
- BERMEJO, J. C. (1987): *El final de la Historia. Ensayos de Historia teórica*. Madrid. Akal. 286 pp.
- BRUNHES, J. y VALLAUX, C. (1928): *Geografía de la Historia*. Madrid. Daniel Jorro. 640 pp.
- COHEN, S. B. (2008): *Geopolitics: The Geography of International Relations*. Rowman & Littlefield Publishers. 457 pp.
- CHOMSKI, N. y RAMONET, I. (2008): *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios*, Barcelona. Icaria. 52 pp.
- DONOFRIO, A. (2014): «Hacia una definición del eurocomunismo, entre el mito y la realidad». En *Alcores*, n.º 17, 2014, pp. 145-164.
- DUGIN, A. (2013): *La Cuarta Teoría Política*. Barcelona. Ed. Nueva República. 254 pp.
- (2023): *Fundamentos de Geopolítica: El Futuro Geopolítico de Rusia*. Tarragona. Fides. Colección Geopolítica, n.º 21. 580 pp.
- FONTANA, J. (1992): *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona. Crítica. 156 pp.
- FROMM, E. (1966): *El Corazón del Hombre*. México. Fondo de Cultura Económica. 152 pp.
- FUKUYAMA, F. (1992): *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona. Planeta. 464 pp.
- GALBRAITH, J. K. (1989): *El nuevo estado industrial*. Barcelona. Ariel. 500 pp.
- GEORGE, P. (1973): *Población y Poblamiento*. Barcelona. Península. 212 pp.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (1996). *La ley de la entropía y el proceso económico*. Madrid. Fundación Argentaria. Visor fotocomposición. 530 pp.
- HELD, D. (2005): *Un pacto global*. Madrid. Taurus. 258 pp.
- HERRERO FABREGAT, C. (2022): «Panorama Geopolítico del Mundo Actual. Aleksan Dugin, el geopolítico de cabecera de Vladimir Putin». En *Didácticas Específicas*. UAM, núm. 27. pp. 153-163. <https://revistas.uam.es/didacticasespecificas/issue/view/didacticas>
- HUNTINGTON, E. (1942): «Civilización y Clima». Madrid. *Revista de Occidente*. 349 pp.
- LACLAU, E. Y MOUFFE, CH. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la Democracia*. Madrid, Siglo XXI. 326 pp.
- LACOSTE, Y. (1977): *La Geografía: un arma para la guerra*. Barcelona. Anagrama. 158 pp.
- MARCUSE, H. (1964): *El hombre unidimensional*. Ariel, 2.ª ed. (2009), p. 44.
- MEADOWS, DENNIS Y DONELLA (1972): *Los límites del Crecimiento*. México. FCE. 256 pp.
- MORIN, E. (2008): *¿Hacia el abismo?* Barcelona. Paidós Ibérica. 180 pp.
- MUMFORD, L. (2006): *Técnica y Civilización*. Madrid. Alianza Editorial. 528 pp.
- NIETZSCHE, F. (1883): *Así habló Zaratustra*. Madrid. Alianza Editorial. 1972. 471 pp.

- NOGUÉ, J. (1998): *Nacionalismo y Territorio*. Lérida. Milenio. 136 pp.
- PIOTRSKOWROŃSKI, K. (2020): «El Neopragmatismo de Richard Rorty como un tipo de humanismo». En *La torre del Virrey*, n.º 28/2, pp. 143-162.
- POUNDS, N. J. G. (2000): *Geografía histórica de Europa*. Barcelona. Crítica. 634 pp.
- RODRIK, D. (2012): *La paradoja de la Globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*. Barcelona. Antoni Bosch. 368 pp.
- RORTY, R. (1998): *Pragmatismo y política*. Barcelona. Paidós. 124 pp.
- ROSTOW, W. W. (1965): *Las etapas del crecimiento económico*. México. FCE. 206 pp.
- SÁNCHEZ, J. E. (1992): *Geografía Política*. Madrid. Síntesis. 224 pp.
- SANGUIN, A. L. (1981): *Geografía Política*. Barcelona. Oikos-Tau. 184 pp.
- SASSEN, SASKIA (2007): *Una Sociología de la Globalización*. Barcelona. Katz Editores. 324 pp.
- SAUVY, A. (1952): «Tres mundos, un planeta». En *L'Observateur*, núm. 118 (14 de agosto de 1952).
- SPENGLER, O. (1936): *Años decisivos*. Madrid, Espasa-Calpe. 188 pp.
- STIGLITZ, J. (2002): *El malestar de la Globalización*. Madrid. Taurus. 314 pp.
- SCHUMPETER, J. A. (1950): *Capitalismo, socialismo y democracia*. Ed. español, 1983. Barcelona. Ed. Orbis, 2 tomos. 512 pp.
- TAIBO, C. (1991): *Unión Soviética. La quiebra de un modelo*. Madrid. Los Libros de la Catarata. 174 pp.
- (1992): *La Europa oriental sin red*. Madrid. Los Libros de la Catarata. 160 pp.
- TALEB, N. N. (2011): *El Cisne Negro*. Barcelona. Paidós. 592 pp.
- TAMAMES, R. (1991): *Un nuevo orden mundial*. Madrid. Espasa-Calpe. 318 pp.
- TOURAINE, A. (1993): *Crítica de la Modernidad*. Madrid. FCE. 504 pp.
- URIBE ORTEGA, H. G. (1996): *Geografía Política. Verdades y falacias del fin del milenio*. México. Ed. Nuestro Tiempo. 320 pp.
- URWIN, D. W. (1983): «Territorio e identidad. Un desafío para los gobiernos de Europa Occidental». *Revista de Occidente*, n.º 26, pp. 5-18.
- VALLAUX, C. (1914): *Geografía Social. El suelo y el Estado*. Madrid. Daniel Jorro. 436 pp.
- VICENS VIVES, J. (1963): *Atlas de Historia Universal*. Barcelona Teide. 40 pp.
- (1981): *Tratado General de Geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico*. Barcelona. Ed. Vicens-Vives. 242 pp.
- VV.AA. (2012): *El Atlas de las Mundializaciones*. Le Monde Diplomatique en español. UNED. Madrid. 184 pp.
- WALLERSTEIN, I. (2005): *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Madrid. Siglo XXI Editores. 154 pp.
- (2011): *Sistema-Mundo Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona. Kairos. 336 pp.
- ZIEGLER, J. (2012): *Destrucción masiva: Geopolítica del hambre*. Barcelona. Península. 336 pp.

## RESUMEN

### IDEOLOGÍAS Y CONTRADICCIONES DE LA GEOPOLÍTICA CONTEMPORÁNEA: EL FRACASO DE LA SOCIEDAD GLOBAL

A la caída del muro de Berlín se pensó con excesivo optimismo que no sólo se había acabado la Guerra Fría sino que se abría un nuevo ciclo de la Historia de la Humanidad caracterizado por la desaparición de diferencias entre pueblos, culturas, regímenes políticos, etc., todo ello sustituido por la cooperación y el comercio mundial en un mercado global en el que todos participarían y a todos beneficiaría. Pero treinta años después el panorama de nuestro mundo es bien distinto y cada vez resulta más evidente que el calificativo que mejor define a la *globalización* es precisamente la *desglobalización*.

En el artículo se analiza las distintas ideologías en las que se asienta esta concepción del mundo. Primero las de la globalización, resumidas en el consumismo como forma de vida y la digitalización como forma de conocimiento, luego las de los diferentes espacios geopolíticos en los que se fragmenta nuestro mundo y las crisis que provocan y por último las reacciones cada vez más conflictivas que llevan a enfrentamiento superiores a los de la Guerra Fría: las guerras de Ucrania y de Gaza, las pandemias, el *wokismo* y el *antiwokismo*, etc. Todo ello acrecienta la incertidumbre y la inseguridad de un mundo que se creía sólido y estable.

*Palabras clave:* Globalización. Globalismo. Posmarxismo. Wokismo.

## ABSTRACT

### IDEOLOGIES AND CONTRADICTIONS OF CONTEMPORARY GEOPOLITICS: THE FAILURE OF GLOBAL SOCIETY

At the fall of the Berlin Wall it was thought with excessive optimism that not only had the Cold War ended but that a new cycle of Human History characterized by the disappearance of differences between peoples, cultures, political regimes etc. would open. all this replaced by cooperation and world trade in a global market in which all would participate and all would benefit. But thirty years later the panorama of our world in quite different and increasingly it becomes more evident that the qualifier that best defines Globalization is precisely Deglobalization.

The article analyzes the various ideologies on which this conception of the world sits. First those of globalization, summarized in consumerism as a way of life and digitization as a form of knowledge, then those of the different geopolitical spaces in which our world fragments and the crises they provoke and finally the increasingly conflicting reactions leading to Cold War superior confrontation: the wars in Ukraine

and of Gaza, the pandemics, wokism and anti-wokism, etc. It all adds to the uncertainty and insecurity of a world that was believed to be solid and stable.

*Key words:* Globalization. Globalism. Post-Marxism. Workism.